

II BIENAL **APACUANA**  
NACIONAL  
DE LITERATURA  
2024

# Los cuatro de Copenhague

**LOLIMAR SUÁREZ AYALA**

**DRAMATURGIA**



# Los cuatro de Copenhague

II edición Bienal Nacional  
de Literatura Apacuana  
Género Dramaturgia  
GANADOR 2024

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

*Los cuatro de Copenhague*

© Lolimar Suárez Ayala

Diseño de portada

Greicy Letelier

Edición y corrección

Héctor González

Diagramación

Fabiola Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

[www.monteavila.gob.ve](http://www.monteavila.gob.ve)

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2025000320

ISBN 978-980-01-2484-0

LOLIMAR SUÁREZ AYALA

# Los cuatro de Copenhague



## **II BIENAL APACUANA DE DRAMATURGIA NACIONAL 2024**

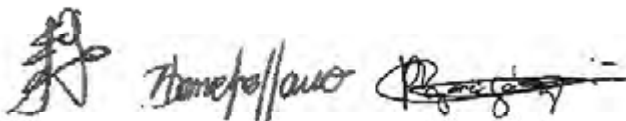
Género Dramaturgia

### **VEREDICTO:**

El día de hoy, lunes 28 de octubre de 2024, el jurado designado para la II Bienal Nacional de Literatura Apacuana 2024, integrado por: Aníbal García, C.I. V-11.682.850; Verónica Arellano, C.I. V-8.684.415; y Pablo García Gámez, C.I. V-6.426.964; llevó a cabo la deliberación para la selección del ganador(a) de dicha bienal. Después de evaluar las 31 obras participantes, acordó: Por unanimidad, declarar ganadora la obra *LOS CUATRO DE COPENHAGUE*, identificada con el seudónimo «Orión» que al abrir la plica resultó ser de la autoría de: Lolimar Del Valle Suárez Ayala, C.I. V-10.429.166, «por su aporte a la dramaturgia venezolana, valorizando a la tercera edad, su solidaridad y amistad.

La obra ofrece intensidad y riqueza en sus metáforas, agilidad en los diálogos y personajes de calidad humana; personajes tradicionalmente relegados que muestran una actitud de convivencia más allá de las diferencias entre ellos».

El jurado firma la presente acta en prueba de conformidad con los resultados.



Aníbal García

Verónica Arellano

Pablo García Gámez



## DRAMATIS PERSONAE

JESÚS IVÁN

POPEYE

GIUSEPPE

MAURICIO

VLADIMIR



*(Los cuatro, desnudos, de espaldas. Son bañados por Vladimir, que les lanza agua piadosamente)*

JESÚS IVÁN: Apúrate con esto, ¡más agua!, ¡más agua!

GIUSEPPE: Están advertidos. Mañana no me baño, es jueves.

JESÚS IVÁN: *(A Mauricio)* Oye, tú, sácate el jabón de la oreja, siempre te queda.

MAURICIO: Sí, sí. Bueno. El agua fría no me gusta. Ey, ya, mira pa'llá, «García Márquez».

GIUSEPPE: Pero bueno, tú sí eres malagradecido, te están haciendo un favor pa' que no quedés enjabonao.

JESÚS IVÁN: Y no me digas García Márquez, que yo tengo mi nombre.

POPEYE: Fría es el agua en alta mar. Fría y salada. Esta no, esta es sabrosa, es como agüita de papelón pa' mí.

GIUSEPPE: ¡Mañana no me baño!

JESÚS IVÁN: *(A Vladimir)* ¡Psst! ¡Hey! Apúrate, que de pronto están llamando en la puerta y no estás atendiendo.

*(Vladimir les pasa toallas)*

JESÚS IVÁN: En este momento podría llegar alguien con un recado, el cartero, y tú estás aquí. Estamos todos aquí, en el trastero, y el que sea que llegue, se va. ¿Escucharon la puerta? ¿Llamaron?

GIUSEPPE: No, no se oye nada. Aquí en el fondo no se sabe, pero tranquilízate. ¡Listo el baño de policía! Rápido y efectivo. Mira, Popeye, tú me tienes una

maquinita de afeitar, una verde, esa es mía... y el Borocanfor también, *due cose importante*. (*Saliendo*)

POPEYE: Mira, italiano, esa maquinita no corta nada, ya te la busco, y no quiero más comentarios. (*Saliendo*)

GIUSEPPE: Y el Borocanfor también. No se te olvide.

JESÚS IVÁN: ¡Caminen!, ¡caminen!, que no dejan salir. Popeye, dale pa'lante, chico. (*Saliendo*)

MAURICIO: (*A Vladimir*) Échale Mistolín, cualquier cosa a esto, que se queda todo ese jabón pegao en el suelo, el jabón azul ese que huele a perro.

JESÚS IVÁN: (*Desde adentro*) ¡Cállate, Mauricio! Coño, este tipo sí jode... rápido, ¡caminen!

POPEYE: (*Desde mutis, mientras Vladimir sirve la escena*) La franelilla mía tiene una marca. No te vayas a poner la mía. Sí, tiene una marca en el cuello, mira, una cruz con hilo rojo.

GIUSEPPE: Espero que no me hayas gastado el talco. La otra vez te pusiste medio pote.

POPEYE: Tanto escándalo por un talco.

MAURICIO: Ya no vayan a empezar. Todos los días es lo mismo. El baño, la mierda, la maña, la queja y el tiempo que pasa como un remolino. Lo mismo a toda hora.

## II

(*Aguacero. Cuatro sillas de extensión, de mimbre. Los cuatro de franelilla y mono, entran uno a uno*)

JESÚS IVÁN: Así lloviendo no va a llegar nadie. Es muy difícil, porque el transporte no trabaja así. Y las calles por aquí están malas. Pero de todos modos hay que estar pendiente, de pronto llega alguien. Ey, ¡allá viene una señora!... ahí viene... No, esa no viene para acá. ¡Y ese carro! Ese carro... no, tampoco. Claro que, si escampa, la gente sale a trabajar otra vez, por eso hay que estar mosca, viendo para todos lados. Entre dos y seis de la tarde puede que llegue un mensajero, todavía hay tiempo.

POPEYE: ¡Palo de agua! Igualito que cuando andas a veinticinco millas náuticas de Barbados, esas olas son como los edificios aquellos, pero todos juntos, así, que se vienen caminando para acá, caminando, caminando. Una masa, una montaña de agua que se mueve como el lomo de una anaconda. La ves de este lado que viene, viene, viene, y de pronto estás encima de ella y ¡plum! Te vas para abajo y ¡plum! Te volteas dos, tres veces y sales a flote perdido, desorientado, aterrado, pero la masa te agarra de nuevo, ahora por estribor, aquella masa te agarra otra vez y te tienes que amarrar durísimo, porque la coñaza es dura, se te salen hasta las tripas con tanto brinco. Hay barcos que se parten, se parten en tres pedazos. Cuando llueve así, en alta mar, andas asustado por los cuatro puntos cardinales hasta que, de repente, sales disparado, como si te escupieran, a un mar diferente, tranquilo. ¡Oigan! Shhhh, shhhhhh, este aguacero no para. Así como está lloviendo, si estuvieran allá donde yo navegué, las tuvieran aquí, en la garganta ¡y no solo las bolas!,

el corazón también. ¿Quiénes estarán a esta hora en alta mar? ¡Oye! ¡Qué palo de agua!

GIUSEPPE: (*Entrando*) Popeye, dame la afeitadora.

POPEYE: ¡Ah, ya salió el italiano! ¡Gran vaina con la afeitadora! Toma tu pedazo de lata que no corta nada. Yo sí tenía una de las buenas, una Ninfa de bronce puro, pero se perdió, como casi todo lo que he tenido en esta vida.

GIUSEPPE: Y te falta el...

POPEYE: ¡Ah!, sí, ya me dijiste. Toma tu talco. No me lo voy a robar.

GIUSEPPE: Cuando venga gente, pide que te traigan al menos una afeitadora barata.

POPEYE: Eso será cuando florezcan las amapolas.

GIUSEPPE: Bueno, pero la esperanza es lo último que se pierde. Si no fuera por la esperanza, no valiera la pena un carajo.

POPEYE: Así decía yo, hasta que me vi encallado aquí, en «Copenhague».

14 GIUSEPPE: Que de Copenhague no tiene nada, lamentablemente. Yo que te lo digo, que bastante que caminé por esos mundos. ¡Gentofte! ¡Virum! ¡Los jardines de Tívoli! ¡Charlottenlund!

POPEYE: ¡Encallado y sin remolcadora!

MAURICIO: (*Entrando con un radio de pilas*) ¡Shh! Necesito silencio, que van a empezar las carreras. No quiero interrupciones, que la apuesta de hoy es grande.

GIUSEPPE: ¿Y de cuánto? Si se puede saber...

MAURICIO: Si gano, Vladimir me va a traer pilas nuevas.  
Si pierdo, lavo las jedentinas y doy coletito.

POPEYE: Aclara ese punto, Mauricio. Las jedentinas de  
Jesús Iván, querrás decir. Ese encalló, pero con fuga  
de combustible, pobrecito.

MAURICIO: Shh, ya, cállense, que va a empezar la carrera. (*Se  
oye una carrera narrada por Ali Khan*) ¡Coño, otra vez!

JESÚS IVÁN: (*Vladimir entrega un coletito a Mauricio*)  
¡Vladimir! Oye, no apagues la luz tan temprano, de  
pronto alguien viene retrasado por el aguacero.

GIUSEPPE: Los jardines de Tívoli...

JESÚS IVÁN: Si apagamos la luz un poquito más tarde,  
puede que llegue un mensajero. Puede que alguien  
venga a preguntar.

GIUSEPPE: La iglesia de mármol...

JESÚS IVÁN: Y vemos la luna de hoy, de cachito, si es que se  
deja ver con tanta nube.

MAURICIO: Levanten las patas, que quiero salir de esto  
rápido.

POPEYE: ¡Todos con las patas en proa!

GIUSEPPE: Tengo sueño.

(*Vladimir sirve en platos iguales*)

GIUSEPPE: ¡Avena!, ¡avena!, si fuera tan buena la avena, no  
estuviéramos tan jodidos, jodidos de mierda.

MAURICIO: Lo tuyo no fue culpa de la avena. Levanta las  
patas, que tengo que secar todo esto.

POPEYE: El que no quiera, me la deja por aquí. Seguro

mató a confianza, como decía mi mamá. Hoy tenemos avena, mañana no se sabe.

GIUSEPPE: No quiero avena, no me gusta, ni verla, ni olerla, ni probarla. Nunca me han gustado esas babas.

POPEYE: Otra vez te vas a dormir sin cenar, pendejo.

GIUSEPPE: Prefiero un vaso de agua. Mañana no me voy a bañar, están advertidos. Ya tengo sueño.

MAURICIO: Está buena, mejor que la de ayer. Y mañana estará mejor que la de hoy. Casi todos los días avena a las seis de la tarde, y a las siete, todo el mundo durmiendo. ¡Qué vida!

*(Vladimir retira los platos. Les da agua y sábanas)*

JESÚS IVÁN: No vayas a apagar la luz tan temprano, mira que de pronto y...

MAURICIO: ¡Coño, García Márquez!, que no va a llegar nadie. Tienes ocho años jodiendo con esa cantaleta. Apurando el baño, alargando la noche, no le quitas la vista a la puerta. Te la pasas con ese cuaderno anotando quién sabe qué tonterías. Hablando y hablando con los dos gatos que a veces llegan por ahí. Ya está bueno, deja de joder tanto, que bastante tengo con tener que lavarte las pudriciones mañana a primera hora, y todo porque el caballo que jugué largó mal y se fue por las barandas.

JESÚS IVÁN: Yo tengo mi nombre. Jesús Iván Peña Huerta. Y te aclaro algo, yo no estoy jodiendo. Estoy esperando, ¿me escuchaste? ¡Estoy esperando!

POPEYE: ¡Shh! Ya cálmate, que te vas a caer. Si no tienes millas encima no te subas en estas cosas. ¡Bájate!

¡Bájate! Así está mejor. No inventes tanto.

GIUSEPPE: ¡Apaga la luz, Vladimir!

JESÚS IVÁN: No, todavía no.

MAURICIO: ¡Apágala!

GIUSEPPE: Aquí la salida no está en dormirse, está en soñar.  
Sueña, Jesús Iván. Sueña con lo que sea, pero sueña.

JESÚS IVÁN: Ella se llama Rosa María.

GIUSEPPE: Bueno, búscala en sueños. Así hago yo cada vez que puedo y me funciona. Arrópate, ponte algo en la cara, que no te llegue luz a los ojos. Así, mira, te acomodas un trapito así, como un antifaz, como el de Arlechino, ¿sabes?, el de la comedia, el de la comedia. Así te duermes más rápido.

JESÚS IVÁN: Tengo frío.

MAURICIO: Pasadas las ocho en esta habladera. Vladimir, apaga la luz. (*Vladimir apaga la luz*)

(*Oscuro*)

### III

(*Luz sobre Popeye*)

POPEYE: La red es como una sábana grande, pesada, fuerte. Hay que tocarla toda, todos los bordes, viendo con los dedos porque de noche no se ven bien las cosas. Y vas tocando que toda ella esté bien armada y en posición de lanzar, pero no la lanzas todavía porque debes esperar con estrategia, así, con las manos agarrando esa red hasta que sientas que hay vida ahí

abajo, que se pueden estar acercando los peces. La lamparita te ayuda un poco, lo demás lo haces con el oído, con el cuerpo que se te va acostumbrando al oleaje.

Y si miras arriba, ¡ay, madrecita mía! No sabes de qué lugar del universo eres, porque todo eso es una inmensidad de luces, de caminos profundos ¡ay! ¡El mar de noche! Es para llorar de tanta belleza, con ese viento frío que te habla al oído y te dice que eres parte de aquello que no tiene nombre. ¡Te sientes poderoso y te sientes nada, todo al mismo tiempo! Entonces va llegando la hora de agarrar fuerzas entre ese techo azul cobalto y aquella alfombra de espejos, aprietas las manos, te paras firme, te echas la sábana inmensa a la espalda y, como si fueras un lanzador de disco, te giras y lanzas toda tu fuerza al mar. ¡Allá va! Aquella red se abre como una medusa y desaparece. Yo tenía trece años cuando lancé la primera frente a la costa donde me esperaba mi mamá, lo veo todo. ¡Lo veo todo! ¡Mamá! ¡Te voy a llevar los mejores peces de todo el Caribe! ¡Vas a ver!

Y esa madrugada esperé una, dos, tres horas. La red no se movía. La vida que yo sentía ahí abajo se había escapado. Esperé más, más, pero me cansé, y comencé a sacar la red, a sacar la sábana poco a poco. Fue apareciendo toda y la última parte tenía unas pocas sardinas que no sé cómo se quedaron, acaso porque les dio lástima conmigo, que tenía cara de hambriento y trasnochado. Siete sardinas de nada. Me arrimé a la playa llorando, con el fracaso a cuestas. Pero mi mamá, que me

estaba esperando, se puso tan feliz. Le brillaban los ojos porque su único muchachito se le fue a pescar solo y llegó bien. Ella estaba tan feliz, contando siete sardinitas, tan feliz con su batica de flores. La veo... la veo. ¡Mamá!, te voy a buscar un atún, un atún gigante, me iré más lejos, vas a ver. ¡Sí, voy a ser marinero! ¡Voy a ser marinero!

MAURICIO: ¡Cállate, Popeye!

GIUSEPPE: ¡Bajen a ese hombre de ahí!

MAURICIO: ¡Acuéstate, Popeye!

POPEYE: ¡Marinero! ¡Marinero! Prometí que le iba a traer un atún de este largo. Y me fui muy lejos... y no la volví a ver...

MAURICIO: ¡Ya está, Popeye! Otra vez con la misma lavativa.

GIUSEPPE: ¡Sinogan! ¡Sinogan!, agua con azúcar. ¡Vladimir! Tráele algo a Popeye...

POPEYE: Me quiero ir... Me quiero ir...

GIUSEPPE: ¡Vladimir! Apúrate, Vladimir.

MAURICIO: (*Con Vladimir*) ¡Tómatela, Popeye! ¡Tómatela!

POPEYE: ¡No, no, no!

19

MAURICIO: No aprietes la boca. ¡Tómatela!

POPEYE: Me quiero ir... ¡Me quiero ir!

GIUSEPPE: ¿Para dónde? ¿Para dónde? Tú no tienes a nadie, no tienes nada, ¡duérmete!

MAURICIO: ¡Bueno, ya! Deja de molestar. Duérmete.

POPEYE: Yo quiero ver el morro, quiero ver el mar... es

mi mar. Es mío, es mío... ¡Ay, ay... es de noche!  
¿Quién estará en alta mar ahora mismo? ¡Me quiero  
ir! ¡Ay, mi mar!, ¡mi mar!

(*Oscuro*)

#### IV

(*Suena Billo's. En escena Giuseppe, afeitándose. Popeye  
duerme. Vladimir limpia con aserrín. Entran los otros,  
recién bañados*)

JESÚS IVÁN: No llegó el señor del gas.

MAURICIO: Ni Rosa María...

JESÚS IVÁN: ¿Cómo sabes?...

MAURICIO: Siempre se te olvida. La nombras y la dejas  
suelta, flotando. Yo me imagino muchas cosas, pero  
tú no dices mucho, te la pasas escribiendo, no sé,  
¿un testamento acaso?

JESÚS IVÁN: No te pases, yo no entro en confianza así tan  
fácil.

MAURICIO: ¡Coño, en ocho años no ha entrado en confianza!

**20** GIUSEPPE: Pero bueno, qué se puede esperar. Es que él  
era guardia.

MAURICIO: ¿García Márquez era militar?

GIUSEPPE: Tú sabes cómo es aquello. Siempre igual desde  
Marco Aurelio y más atrás. Los militares son una  
especie silenciosa, ¿*capisci*? Orden cerrado, silencio  
y aquella procesión por dentro. ¡¿*Capisci*?!

MAURICIO: ¡Copiado y entendido!

JESÚS IVÁN: Rosa María no era una noviecita.

GIUSEPPE: Esa es a la que le quieres mandar recados con el señor del gas.

JESÚS IVÁN: La estoy buscando y entre más gente lo sepa, más seguro es que la consiga.

MAURICIO: Mira, pero no te molestes conmigo, vamos a verlo de esta manera, las historias de desaparecidos son emocionantes. Han sacado hasta telenovelas con eso... ¿Quieres pan? ¿No? Y de pronto García Márquez sale por la televisión echando el cuento de la tal Rosa María. ¿Te imaginas? O si viene un reportero de *Últimas Noticias*, o de *Panorama*, puede que le haga una cuartillita de esas que llaman «nota de color», que no son noticia, pero que entretienen bastante. ¿Cómo la ves, García Márquez? ¡Yo le pongo coco al asunto!

JESÚS IVÁN: ¡Que no me llamo García Márquez!

GIUSEPPE: Ya, ya, ya, no armes tanto lío con eso. Tampoco es un insulto. Lo que importa es saber si todavía tienes chance de conseguirla... viva, digo.

JESÚS IVÁN: Sí, claro que sí. Debe estar viva y si está viva, la puedo conseguir.

MAURICIO: Pero mientras tanto, jodes mucho con esa esperadera. Dale, italiano, saca el dominó.

JESÚS IVÁN: ¿Tú qué sabes?

MAURICIO: Ah, no, yo no sé nada, pero me da risa que, así como estás, todavía pienses que va a venir una mujer, ella, la Rosa María que nombras tanto. Dale,

Giuseppe, nueve fichas para cada uno hasta que se despierte Popeye.

JESÚS IVÁN: Tú no sabes nada. Nada de nada.

MAURICIO: El dominó es como la vida. Mira, revuelves, revuelves, revuelves y te tocan las fichas más malas del mundo. Otro día te salen las mejores y te matan con un miserable doble blanco. Con las mujeres es lo mismo.

JESÚS IVÁN: No entiendes nada.

MAURICIO: Abre la doble cena.

GIUSEPPE: La tengo yo.

MAURICIO: ¡Estréllala!

JESÚS IVÁN: Así hemos pasado todo este tiempo. Estrellándonos en silencio.

GIUSEPPE: Bueno, *mio amico*, ¿quién era ella?

JESÚS IVÁN: ¿Rosa María? Ella es así, ni tan chiquita, ni tan alta. Más o menos llega como hasta aquí. Tiene el cabello negro y con rollitos, no creo que se los haya cortado, porque a ella le encantaban los rollitos. Paso.

**22** MAURICIO: Saquen las fichas gordas, pues.

GIUSEPPE: ¿Y qué pasó?

JESÚS IVÁN: Que fuimos amigos, pero ella tenía novio y yo me enamoré solo. Nunca se lo dije. Pero a pesar de eso, intentaba estar cerca escribiéndole cartas muy escuetas, casi que telegramas, sin nada que pudiera darle celos al marido. Era algo así como: “Rosa María, estimada amiga, espero que todo esté bien en compañía de tu familia”. Casi siempre era lo mismo,

pero eso me alegraba porque en un mes a más tardar me llegaba la respuesta y con ella una florecita, un pensamiento que recortaba del periódico, una hojita, cualquier tontería. Yo pagaba un casillero del correo por si acaso me iba de servicio a otra parte. La ilusión de llegar y encontrar sus respuestas era grande a pesar de no tener nada, solo la amistad. Ella tuvo tres hijos en esos años, mientras que yo me casaba una vez, dos veces, tres veces, sin saber cómo vivir con muchachas, con señoras que no eran Rosa María. Pero Rosa María no sabía nada...

MAURICIO: ¿Coño y así cómo crees que te va a conseguir?  
¡Ni se acordará de ti!

GIUSEPPE: Paso.

JESÚS IVÁN: Porque ella debe extrañarse. Yo no le faltaba con las cartas.

MAURICIO: ¿Pero se vieron?, digo, aunque sea en la parada del autobús...

JESÚS IVÁN: Sí. Y aunque no le pude decir nada, yo la miraba, le hablaba de otra manera. De ese día hacen treinta y seis años y ocho meses. Ella me dijo, y pongan atención. Ella me dijo: «Tú y yo somos como el reloj y su leontina, que siempre van juntos. Si no me buscas tú, te busco yo».

MAURICIO: Pero se pudo haber muerto...

GIUSEPPE: Paso.

JESÚS IVÁN: Ella tenía unos rollitos, en el cabello, muy bonitos, no era ni blanca ni morena, era como de un color así intermedio, y no tuvo hermanos. Había

nacido en Capatárída, ¿ustedes saben dónde queda Capatárída?, eso es como un desierto que termina en playa, en Falcón. ¡Tremendo ese paisaje! Yo nunca había visto algo parecido. Pero de allá se fueron. Ella se llama Rosa María Calderón de Vargas. De Vargas.

GIUSEPPE: Y tanto rodar y rodar hasta que llegaste aquí...

JESÚS IVÁN: Es un servicio que paga la institución.

MAURICIO: A los oficiales solos. A los malqueridos.

JESÚS IVÁN: Paso.

GIUSEPPE: ¡Nada de víctimas! No. Nunca se sabe. Por algo existen y se los digo yo, que pago mi propia cuenta y comparto espacio. Y no es culpa de nadie. En el primer mundo se ahorra y hasta se aparta cupo. *¿Capisci?*

JESÚS IVÁN: Hoy llega el señor de la bombona de gas.

MAURICIO: ¿Y qué?, le vas a volver a decir...

JESÚS IVÁN: A veces le cambian al ayudante, de pronto si viene con otro ayudante que escuche el recado...

GIUSEPPE: No has hecho lo que te dije.

**24** MAURICIO: Es que García Márquez se duerme con Sinogan. Se queda en blanco, tieso y muertico hasta las siete. No puede soñar así. ¿No te enteraste de todo lo que jodió anoche Popeye?

POPEYE: ¡Ya vas a empezar!

GIUSEPPE: No le den de esa vaina. Hazme caso, resuelve tu rollo soñando.

MAURICIO: Y si la tal Rosa María se aparece un día y se para en esa puerta, ¿qué vas a hacer?

JESÚS IVÁN: No sé.

MAURICIO: ¿No sabes? ¿Pero cómo que no sabes? ¡Estás loco! Deberías estar preparado.

JESÚS IVÁN: No estoy preparado, es verdad. Es raro... porque yo me hago la idea todos los días, pero al final es la imaginación y se me ocurren tantas cosas. Correr, quitarme las cosas estas y correr hasta donde está ella y abrazarla. Me la imagino así, con un vestido color vino muy bonito, y los rollitos del cabello, pero más blancos, quizás, y vuelvo a correr hasta ella y le doy un beso. Después, imagino que me pongo a llorar, que me levanto como todos los días, con todos los dolores encima, pero voy hasta ella, que me abraza y me seca las lágrimas. Imagino que la llamo ¡Rosa María! ¡Amor de mi vida, te he esperado tanto!

POPEYE: ¡Llore, hombre, llore como todo un hombre!

MAURICIO: Los hombres no deberían...

GIUSEPPE: Sí deberían, sí deberían. Deberíamos llorar tan seguido como lo necesitemos. Deberíamos amar así, como el amigo aquí presente. Rosa María no sabe cuánto la aman, ella no sabe, o no lo supo nunca. Yo también amé. Algo así, pero quizás más definitivo.

POPEYE: ¿Por qué?

GIUSEPPE: Porque todas se han muerto. No tengo amistades tampoco, toda la gente que me conoce es «gente nueva», digo así por darles un nombre. Francesca

se me murió, las hijas también. Las que tanto me cuidaban, ellas eran buenas. Y se murieron.

POPEYE: Después de cierta edad, hasta los tatuajes se te borran. Mira este, era una máscara de proa que me tatuaron en Malta, pero ya nadie puede ver nada. Aunque si te fijas bien, aquí...

GIUSEPPE: Ahora estoy conmigo mismo. Recordando, extrañando. Solo, con mi pote de Borocanfor, con mi máquina de afeitar. Con esto, con mis cosas. Con Vladimir atendiéndonos.

POPEYE: ¿Y lo que estaban jugando? Se les enfrió el dominó.

MAURICIO: Se enfrió. Ya no juguemos más.

JESÚS IVÁN: Si tranco el juego, no pasa nada. Si pierdo, no pasa nada. Habrá que jugar otra cosa.

POPEYE: Deberíamos aprovechar el viento de agosto.

MAURICIO: Ah, ya sé lo que estás pensando. Sí, el mejor juego con viento es el papagayo. ¿Adiviné? ¡Ja, ja! ¡Sí, adiviné!

GIUSEPPE: No es mala idea. ¡Vladimir! ¡Vladimir! Te doy unos realitos y pasas por la quincalla. ¿Puedes?

POPEYE: Un viento limpio, de levante a poniente con toda la potencia.

GIUSEPPE: Yo hice varias en mi pueblo, Nápoles. Y volaban tan alto y tan lejos que se paraban cerquita del Vesubio. Después le hice varias a Francesquita en Maracaibo, petacas, allá se llaman petacas. De vara de coco, o de caña brava, hilaza, almidón y papel cebolla, de quincalla.

MAURICIO: Nadie podía conmigo. Las mías volaban tan alto que la pelota de cuerda se terminaba. Yo le cosía una hojilla Gillette en la punta del rabo y con eso cortaba a todas las que se querían acercar. Las mías eran negras, como piratas.

POPEYE: Este viento es bueno. ¡Háganlas! No los ayudo porque ya saben, estas manos se torcieron.

JESÚS IVÁN: Yo les ponía nombres, mensajes. «Dios es amor», cosas así.

GIUSEPPE: Vamos a ponerle «Rosa María». Si ella la ve...

POPEYE: Si ella la ve... ¡le voy a ver la cara al hombre más feliz del mundo!

*(Oscuro)*

## V

*(Vladimir coloca una cuerda con banderines. Deja una torta)*

JESÚS IVÁN: ¿Y quién viene hoy?

GIUSEPPE: Estoy cumpliendo años. Me gustan estas cosas de colores, la torta. Pero no le pongo velas ni números, caprichos míos, más nada.

POPEYE: No hace nada que te cantamos el del año pasado.

MAURICIO: ¿Y la bebida?

POPEYE: Apuesto a que de niños. Un refresquito.

GIUSEPPE: No. Hoy se vale un poco de vino, del económico, pero también se le puede llamar vino.

JESÚS IVÁN: Yo no puedo.

MAURICIO: Sí, lo sabemos. Me tocaría beber la parte de  
García Márquez.

POPEYE: Y la música...

MAURICIO: De eso me encargo yo. Vladimir me va a  
prestar el equipo de sonido que usaban pa'l día de  
los padres.

POPEYE: Cantinflas tenía unos disquitos buenos, de la  
Sonora Matancera, y otros del Trío Matamoros.

GIUSEPPE: Vamos a poner los de Cantinflas y después  
ponemos el de Leo Dan. Mira, aquí lo tengo. (*Se  
escucha «Camarones y mamoncillos». Cantan*)

MAURICIO: Ahora voy con Leo Dan. La que dice: «Mary  
es mi amor/ Solo con ella vivo la felicidad». ¡Ey!  
¿Qué te pasa?

JESÚS IVÁN: Que me tapé. No puedo. ¡Ay! ¡No puedo!

GIUSEPPE: ¡Vladimir! ¡Vladimir! Ayuda, mira, yo no  
alcanzo, no llego. Ayuda.

POPEYE: Tiene un barrigón, ¡pobre hombre!

**28** MAURICIO: Vladimir, pero hay que llevarlo al hospital.  
¿No?, yo te acompaño.

JESÚS IVÁN: No puedo... ¡No puedo!

GIUSEPPE: Debe tener días así. ¡Se está envenenando!

MAURICIO: Así como está, sácalo, ¡tranquilo, García  
Márquez! Vamos al hospital, yo te acompaño.

GIUSEPPE: ¡Llévenlo ya! ¡Se va a morir!

*(Suena Leo Dan)*

*Si un día me faltas tú/*

*Que Dios me ayude a morir/*

*Ya que no volveré a ser/*

*En esta vida feliz.*

*(Salen Vladimir, Mauricio y Jesús Iván)*

## VI

POPEYE: La vez del papagayo fue lo mismo. Tapado. Debe tener esa uretra inservible. Vamos a partir la torta, italiano. Así al menos pasamos el rato comiendo.

GIUSEPPE: Sírveme un poquito.

POPEYE: Con lo de Jesús Iván no me saco de la cabeza a Cantinflas. También se lo llevaron así después de la caída. Cuando lo sacaron por aquella puerta se reía, hasta cantaba, pero no regresó. Recuerdo la vez que se escapó cuando estaba recién llegado. Se saltó la cerca y lo vieron unas cuantas cuadras más abajo con la franela blanca toda sucia. Regresó porque la verdad, no tenía sentido. Ya no tenía ni memoria. El pobre creía que estaba en Puerto Cabello.

GIUSEPPE: Cuando se nos daña la testa, estamos perdidos. ¿De dónde habrá sacado Vladimir esta torta? Parece un mazacote.

POPEYE: Desde que nos quedamos aquí los cinco, te hemos cantado como ocho cumpleaños.

GIUSEPPE: Cinco. Todavía teníamos a Cantinflas.

POPEYE: Cantinflas se despidió cantando, ¿te acuerdas?  
Cantaba bien, con todo y que parecía un cristo de  
lata el pobre.

GIUSEPPE: *Ma ché dice*, si tú también pareces un cristo de  
lata, todos parecemos algo así, no tenemos espejo  
pa' ver, pero se sabe, se sabe.

POPEYE: El cuento es que éramos cinco. Ahora somos  
cuatro. Cuatro cristos de lata, pero sin discípulos.  
¿Quieres vino?

GIUSEPPE: Ya Cantinflas no está, quedamos nosotros en  
este mundo, que da vueltas y vueltas.

POPEYE: Hasta nuevo aviso, somos los cuatro de  
Copenhague. ¡Salud!

GIUSEPPE: ¡Salud!

(*Oscuro*)

## VII

(*Luz sobre Jesús Iván*)

JESÚS IVÁN: La última vez que la vi fue hace treinta y seis  
años con ocho meses. Esa es la cuenta que llevo,  
pero podría ser más, no sé. Ella se llama Rosa María  
Calderón de Vargas. Tuvo tres hijos. Ella era así. Ni  
tan chiquita ni tan alta. No era morena, más bien  
de un color raro, entre india y blanca. Sí, era bonita,  
con unos rollitos en el pelo que se los dejaba crecer.  
Y cuando se reía, se le hacían unas rayitas aquí, a los  
lados, le salían unos *dimples*, como decía un amigo  
gringo que conocí en las petroleras. Rosa María

debe estar buscándome porque le dejé de escribir. Mejor dicho, no le dejé de escribir porque, mire, aquí tengo los cuadernos, aquí están las cartas. Lo que pasa es que de un tiempo para acá no pude, no me dejaron enviar las cartas. Una vez se mudaron y ella me escribió con la nueva dirección, pero después se volvieron a mudar y ella no me lo dijo. Las cartas se devolvían. Un día me dijeron que el servicio de correo ya no funcionaba. Yo no sé si es que las estampillas estaban muy caras, no sé. Reconozco que estoy un poco enfermo. A veces no puedo, bueno, me pusieron esta bolsa. Pero Rosa María no sabe nada de esto y puede ser que ella me esté buscando. Lo último que supe es que ellos vivían en Maracaibo, cerca de donde fabrican la cerveza. Sí. Ella me contaba que de noche salían de aquellas calderas unas nubes blancas, muy blancas, y que todo el barrio olía a cebada, a malta caliente. Rosa María me dijo que ella y yo éramos como el reloj y su leontina. Que uno iba al mismo lugar que el otro, por eso digo que ella debe estar preguntando por mí. ¿Usted me puede hacer el favor? Mire, le voy a dar un papelito con mi nombre y la dirección de esta casa. Tómelo, ¿Usted me puede ayudar? ¿Y usted?, gracias, ahí dice: Jesús Iván Peña Huerta busca a Rosa María Calderón de Vargas, favor visitar a cualquier hora, calle 186 número 48K-37 entrando por la ferretería Billy Queen, casa blanca con rejas verdes. ¿Se lee bien? Yo escribo en letra de molde para que nadie se equivoque. Gracias, mire, no voy a tener palabras para agradecerle si me ayudan a encontrar a Rosa María. ¿Qué? ¿Que qué edad tiene

ella?, bueno, yo soy del... del... ella es del treinta y nueve. Sí, de cuando estaba empezando la Guerra, la Segunda Guerra Mundial. Pero ella es muy sana, sí, muy sana. ¿Cómo?, no creo que... porque yo me caí, varias veces, ¿me entiende? Y me caí, y hay cosas que no recuerdo, pero aquí están las cartas... Ella tiene unos rollitos así. Yo no le dije nada nunca, no, y estoy arrepentido, claro que estoy arrepentido, pero ya no se puede devolver el tiempo. Ahí dice clarito Rosa María Calderón de Vargas. No se le olvide. Rosa María Calderón de Vargas.

MAURICIO: Delirio.

GIUSEPPE: Otra vez.

POPEYE: Y...

MAURICIO: No se sabe.

GIUSEPPE: ¡*Madonna mía!*

MAURICIO: Al menos regresó, que es bastante.

POPEYE: Pero peor... un completo naufragio.

MAURICIO: Y no podemos darle las goticas aquellas, porque los riñones...

32

GIUSEPPE: ¡*Madonna mía!* Si ya no puede dormir, menos va a poder soñar.

POPEYE: ¡Pobre enamorado!

GIUSEPPE: ¡Jesús Iván! ¡Jesús Iván! ¡Sueña, trata, hombre!

JESÚS IVÁN: Jesús Iván Peña Huerta busca a Rosa María Calderón de Vargas, favor visitar a cualquier hora, calle 186 número 48K-37 entrando por la ferretería Billy Queen, casa blanca con rejas verdes.

GIUSEPPE: *Madonna mía*, esta noche va a ser eterna.

(*Oscuro*)

## VIII

(*Luz plena. Vladimir sirve sopas*)

POPEYE: Ni fría, ni caliente.

GIUSEPPE: Ni pollo, ni carne.

MAURICIO: Y García Márquez, muertico.

GIUSEPPE: Hay que dejarlo.

MAURICIO: Lo digo porque la sopa...

POPEYE: Esa es su sopa. Quizás más tarde se la coma.

MAURICIO: Las sopas así, son como diferentes, ¿verdad?

GIUSEPPE: ¿Diferentes cómo? Ya yo estoy acostumbrado. Claro que no tienen gusto, pero qué puedes esperar. Vladimir hace lo que puede. Ese hombre limpia, cocina, lava. Nos ayuda con el baño. Nos atiende. Alguna cosa le debe salir mal. O hará todas las cosas mal. Quién sabe.

MAURICIO: Exactamente. Esta sopa no es de una casa. Es una sopa por compromiso, una sopa por obligación. ¿Me captan? ¿Cómo es que dices tú? ¡Capichi, capichi!

POPEYE: Te pones filosófico con la sopa, pero no le quitas la vista al plato del pobre hombre.

MAURICIO: Porque hay que estar bien alimentado y con un solo plato de caldo no es suficiente.

GIUSEPPE: ¡Vladimir! ¡Vladimir! Búscale un bistec al señor, ¡ja, ja!

POPEYE: Los viernes se come sopa.

GIUSEPPE: Mírale el lado bueno. Es verdura, una que otra verdura. No la puedes ver, pero allí está. No tiene carne, es verdad. No tiene pollo, es verdad. Pero tiene sal, color y ceremonia.

MAURICIO: ¿Cuál ceremonia? ¡Bah! Italiano, tú sacas unas vainas...

GIUSEPPE: Pero escucha, Mauricio, escucha. La comida es una ceremonia. Mira, estamos nosotros compartiendo. Estamos a la misma hora, tomando este caldo. El caballero no come, porque está dormido, pero nosotros estamos viviendo el momento más importante de la vida en familia. ¿Esto no te trae recuerdos?

POPEYE: ¡Uf! A mí sí. Pero de muy lejos porque, ¿saben qué es arrecho? Tomar sopa en un barco. Primero porque el menequeo no te deja y segundo porque lo que menos quieres ver es agua.

MAURICIO: Ya salió «Popeye el marino» con sus cosas.

POPEYE: Pero bueno, chico, yo le estoy respondiendo al italiano, déjame terminar. Yo lo que recuerdo son las sopas en tierra firme. Las sopas en Arapito. Las de mi mamá, con cabezas de pescado, aquel plato que parecía el Amazonas de tanta mata, sopa calientica y en totuma. Bueno, mi mamá me decía que cada vez que me tomaba un plato me salían dientes y me

crecía el pelo. Aquello era el espectáculo. La sabia del Caribe. El paraíso terrenal.

GIUSEPPE: Las primeras sopas mías eran de pollo, en Pompeya la nueva, donde mi mamá tenía una venta de comida para los curiosos que iban a Pompeya la vieja, ustedes saben, las ruinas aquellas. Era un caldo clarito con una pasta fina nadando y aquel pedacito de pollo que tanto me tardaba en comer. Ella me lo dejaba todo a mí y se sentaba conmigo todo ese rato largo. No me decía nada. Solamente me miraba. Cuando por fin me terminaba el plato, se levantaba y me regalaba un pan dulce. Era comida del populacho, pero eso nunca lo supe sino hasta que me hice viejo. *¡Mamma, che bella mamma!*

MAURICIO: La verdad es que en mi casa las sopas eran de caraotas. Ese caldo negro, oloroso a comino, a cilantro. ¡Muchacho! Me la servían en un plato hondo de peltre, el triple de grande que este. No tenía carne, pero esa sopa olía a guiso, podía apostar a que le echaban algo, pero no, ¿de dónde?, si éramos pobres también.

POPEYE: Eso era amor. La sopa era la madre.

MAURICIO: ¡Ah! ¡Me entendiste, Popeye! ¡Me entendiste «la filosofía» de la sopa!

POPEYE: ¡Se está despertando!, mira. Ayúdalo, que el pobre no puede.

GIUSEPPE: *¡Amico!*, toma tu sopa.

MAURICIO: ¡A ver, García Márquez! Toma un poquito de sopa, mira, ya nosotros terminamos.

POPEYE: No quiere, pobre hombre.

GIUSEPPE: Está buena, prueba un poquito. *¡Vamo, amico!*  
Eso te ayuda.

MAURICIO: Intenta, vamos. ¡Eso es! Toma otro poco. Mira qué buena está. Aquí viene la cucharada, ¡eso! Otra, otra más. Vamos, García Márquez, la penúltima... esta va por Rosa María, ¡eso!

GIUSEPPE: ¡Eso!, se la tomó toda. ¡Bravo! ¡Bravísimo! Mira, *amico*, por aquí tengo. Mira, *amico*, un pedacito de pan, un premio. ¡Aplauso! ¡Aplauso!

## IX

*(Entra Vladimir. Retira los platos. Mueve las sillas de extensión)*

POPEYE: Pasaremos la tarde en la cubierta. Le va a hacer bien a Jesús Iván.

GIUSEPPE: ¡Qué sol! Vladimir, no me dejes quemar mucho.

MAURICIO: Cualquier cosa, te arrimo. Mira que yo todavía sigo fuera de lote.

**36** POPEYE: Es verdad, tú te ves muy entero, a pesar de...

GIUSEPPE: Déjalo tranquilo, Popeye.

POPEYE: Casi te matan, ¿no?

GIUSEPPE: No quiere hablar de eso. Cállate.

MAURICIO: ¡No te preocupes, déjalo, déjalo! Ya no me molesta tanto. Además, mira todo lo que hago. Vladimir me puede dejar hasta encargado, pero no quiere.

GIUSEPPE: Es lógico. Necesita empleados, voluntarios. Otra persona, porque lleva tiempo solo y nosotros, *ma*, qué podemos ayudar, si no servimos para nada...

MAURICIO: Por eso digo que yo...

GIUSEPPE: Sí, tú ayudas, colaboras, pero aquí las cosas se van a ir complicando, Vladimir necesita a alguien.

POPEYE: Vladimir es otro lobo solitario.

MAURICIO: Ey, italiano, tú eres el más viejo aquí. ¿Siempre fue así?

GIUSEPPE: Necesito el óxido de zinc.

MAURICIO: ¿Cómo?

GIUSEPPE: Que necesito la pomada. Para el sol. La dejé en la caja, la caja.

MAURICIO: Ah, espera, te la busco. Oye, italiano. ¿Este eras tú?

GIUSEPPE: ¿Qué me estás revisando? Trae la pomada.

POPEYE: Epa, Mauricio, deja sus cosas.

MAURICIO: Pero espérate, aquí hay varias fotos bien buenas de Giuseppe. Y un documento. «Giuseppe Testa Milardi». ¡Coño, nombre de artista!

GIUSEPPE: ¡Vladimir, me están robando, eh! ¡Deja la caja!, ¡son mis cosas!

POPEYE: No, italiano, ni lo pienses. Te puedes caer, ¡quédate allí!

MAURICIO: Ya, ya. Tranquilo, italiano. Aquí tienes la pomada, pero mira, no te molestes, solamente estaba

mirando las fotos. ¡Eras un galán!, y la señora que aparece también, tipo actriz de cine.

GIUSEPPE: No te metas con mis cosas.

POPEYE: Vamos a respetar, nadie usa el camarote ajeno ni se mete con el equipaje de nadie.

MAURICIO: No jodas, esto no es un barco.

POPEYE: Es lo mismo.

GIUSEPPE: Nadie se entromete en las cosas de nadie. ¿*Capisci?* es respeto básico. Esas fotos son las que me quedaron. Y la de Francesca, cuando estaba joven. Hay que ponerse el zinc en la cara, en el cuerpo, que el sol no te manche.

MAURICIO: Ajá, pero cuenta la parte que te falta. ¿Cómo llegaste aquí? Porque tú podrías estar echado en una playa en Margarita, o sacando a cagar a los perros en Caracas, no sé. Montado en un crucero, jodiendo con los nietos.

POPEYE: Déjalo...

GIUSEPPE: Es que tú no entiendes, como dice el amigo Jesús Iván, el caballero. Hay lugares en el mundo que tú no escoges, ellos te escogen a ti.

MAURICIO: ¿Esta casa te escogió?

GIUSEPPE: Es mía.

MAURICIO: ¿Cómo?

POPEYE: No le hubieras dicho.

MAURICIO: ¿Cómo que es tuya?

GIUSEPPE: ¿No te das cuenta? Era una casa de familia, mi

familia. Seis habitaciones, grandes, todas con su baño. La sala con el comedor. Los pisos, ¿viste los pisos? Mármol en la entrada, granito por todas partes. Atrás, un área social que ustedes llaman «el trastero». La hice a mi gusto y a mi medida, pero el tiempo se encarga de matar todo lo que construyes y ¡pum! Pa'l piso todo. ¿*Capisci*? No sé si fue la navidad del 83, o del 84, la última navidad en familia, con Francesca y las muchachas. Mira, allá, donde Vladimir guarda el jabón y el papel tualé, allá se ponía el arbolito. Era un arbolito importado, de plástico. Le poníamos muchas luces, luces de esas que parecían un caramelo de púas. Saben cuáles eran, ¿verdad? Bueno, de esas luces y todos por aquí pasaban mirando el arbolito de los Testa. El cuarto donde dormía Cantinflas, ese era el taller de costura de ella. Ella hacía trajes de señora. Costura delicada, buena. Las muchachas estudiaban y yo trabajaba, comercio, ventas. Y, mira, allí donde acomodan al caballero, a Jesús Iván, allí había una mata de berbería roja, grande, frondosa. Cuando llovía, como ahora, le llegaban unos escarabajos verdes brillantes, como de metal, como de piedra preciosa, unos animalitos increíbles que yo agarraba para mostrárselo a las hijas, y que ellas aprendieran a maravillarse de las cosas sencillas. Allá, donde el camión del gas deja la bombona, allá había otra mata, una mata de nomeolvides que botaba unas flores de color naranja, y del otro lado, sembré maní una vez, y saqué un racimo, sembré granada, y era una grosería la cantidad de granadas que salían, sembré higos y eran los mejores. ¡Tierra bendita esta!, que donde tiras una semilla te sale un bosque. ¿Dónde vas a

encontrar algo así? Me gustaba mi casa, esa casa, que es esta, pero que no es la misma casa porque no está Francesca, ni las hijas. Me quedó el cascarón vacío.

POPEYE: ¡Vladimir, hay mucho sol!

MAURICIO: Y cómo es que te quedaste. Y cómo es que vinimos a parar nosotros aquí...

GIUSEPPE: Ellas eran todo y de repente... ya no estaban. Esto no se trata de tener dinero y elegir otra vida. Es que esta era mi casa, pero pasaron dos cosas, me quedé solo y me enfermé, o envejecí mal, si se puede decir de esa forma. ¿Tú crees que me iba a devolver a Italia? *Ma, perché*, si allá no me queda nadie, nada. Yo soy de aquí, como tú. Aquí volví a nacer porque la guerra te quita la vida de muchas formas, te arranca la esperanza. Hace mucho tiempo que salí de allá casi sin nada. Venezuela tenía un sonido *bello*, mis paisanos decían que era el paraíso. En el viaje conocí a Francesca y los dos nos prometimos la vida. Trabajamos mucho, mucho, hasta que llegamos a esta casa. Le pusimos Copenhague porque de allá eran sus abuelos. A veces olvido, a veces recuerdo todo... Siempre que sueño, sueño con esta casa y con Francesca, con las muchachas. Ya estoy muy viejo pa' estar inventando otro destino, además, entendí que no necesitaba aventuras, sino un refugio. Entonces pensé en traerme a Carlo, a Cantinflas.

MAURICIO: ¿Cantinflas?

GIUSEPPE: Mi hermano mayor. Estaba enfermo. Bebía y solo lo cuidaba su hijo.

POPEYE: Vladimir.

MAURICIO: ¿Vladimir? ¿Es tu sobrino?

POPEYE: ¡Vladimir, vente, voltea a Jesús Iván, que se está tostando!

GIUSEPPE: Mi hermano era el ser humano más feliz del planeta. No sé cómo podía estar siempre tan alegre, en medio de sus dolores, en medio de su soledad. Era mi *fratello, caro fratello*. Y al poco tiempo me inventé que podemos estar acompañados y bueno, llega esta idea, y que Vladimir podía ocuparse.

MAURICIO: ¡Cantinflas tu hermano! Pues ni lo sospeché...

GIUSEPPE: Después trajeron al caballero, llegaron Popeye y tú. La casa no se parece en nada a la casa de Francesca, pero se sigue llamando igual. La casa Copenhague.

POPEYE: ¡Vladimir! ¡Movimiento! ¡Mucho sol, Vladimir! ¡Mucho sol!

*(Entra Vladimir. Reubica a los cuatro. Les sirve)*

GIUSEPPE: ¡Fororo! ¡Hoy es domingo de fororo!

MAURICIO: La verdad es que yo nunca había hablado así, de tú a tú, con el dueño de una empresa. ¡Ja, ja!

POPEYE: Te dará risa, pero es la verdad. Giuseppe es el capitán de este barco.

MAURICIO: No, es que no lo niego, pero hay empresas de empresas. Oye, Vladimir, te lo tenías callado. Has estado metido aquí como el propio jefe «encubierto».

GIUSEPPE: No te va a responder. Déjalo.

MAURICIO: Pero tiene mucho trabajo. Digo, yo podría asumir un puesto... algo operativo, ¿qué tal el puesto de... conserje?

JESÚS IVÁN: En tierra de ciegos, el tuerto es el rey.

MAURICIO: ¡Vaya! ¡El fororo resucitó a García Márquez!

JESÚS IVÁN: Mira, Mauricio, es verdad que podrías ayudar en algo, pero sin hablar tanto. Y te lo voy a decir una vez más. Mi nombre es Jesús Iván Peña Huerta, para servir a la república, mientras pueda.

GIUSEPPE: ¡No le haga tanto caso!

POPEYE: Vamos a dejarnos de tonterías. Mauricio jode, es un motín ambulante.

MAURICIO: Bueno, esto es lo que hay, y no tengo más sencillo. ¡Si alguien no quiere fororo, me lo va notificando por taquilla!

GIUSEPPE: No te voy a poder complacer, porque el fororo sí me gusta.

JESÚS IVÁN: Pídele más a Vladimir. Yo tampoco pienso dejar.

42 MAURICIO: Pero volvamos al punto. Italiano, dime, ¿me puedes contratar?

GIUSEPPE: Deja, que primero debo tratar ese punto con Vladimir.

MAURICIO: ¡Oh, mi cargo será tratado en Junta Directiva!

POPEYE: ¡Coño, Mauricio, deja la ironía! Haces preguntas serias y te burlas de las respuestas. ¿Quién te entiende?

MAURICIO: Está bien, está bien, no sean tan complicados.

Comprendan un poco al señor aquí presente.  
Necesito trabajar.

JESÚS IVÁN: Eso es sensato. Mauricio tiene más oportunidad que todos nosotros.

POPEYE: Tendría que demostrar que no es un buque pirata, ¡ja, ja!

GIUSEPPE: ¡Vladimir! Vamos adentro. Vamos a tratar este tema *in privato*.

(*Salen Vladimir y Giuseppe*)

## X

POPEYE: Mira, Mauricio, no nos vas a caer a mentiras aquí. Nosotros sabemos de dónde vienes, pero no estamos aquí para ponerle más sal a la herida.

MAURICIO: Ya sé, ya sé lo que dice el dicho, que al perro flaco se le pegan todas las pulgas. Bueno, he cargado con eso, pero trato de seguir adelante, cojo, sí, cojo de un disparo. No lo niego. Con esta marca, sí. Ya no me amargo por eso.

JESÚS IVÁN: Dale gracias al italiano, porque te aceptó.

43

MAURICIO: Las monjitas no me querían allá, no sé qué pensaban, que me iba a robar las donaciones, o que me iba a lanzar un secuestro de viejos para pedir plata y fugarme. Les di miedo, y el miedo es libre.

JESÚS IVÁN: Tu mujer no vino más.

POPEYE: Un barco pirata a la deriva.

MAURICIO: La última vez que vinieron, vinieron a

despedirse. La Belkis, ja. Ya ella y yo no estábamos bien, y mi hija, pues, todavía es una niña. Belkis me dijo que conoció a un hombre, después me soltó un montón de asuntos que no quería escuchar, que aquel hombre era mejor, que yo la tenía harta, que se iban, que le firmara los papeles a la niña, el permiso de viaje. Me molesté, igualito que cuando vivíamos juntos, grité, rompí una puerta y ella agarró a la niña y se fue llorando. Aquí vino el tipo ese, se acuerdan, ¿verdad? Me dio un solo coñazo y me dejó sentado allá, en la silla del italiano. Me dijo que no tenían tiempo para denuncias porque ya se iban, y se fueron. Esa mujer fue buena y fue mala, o se volvió mala. Al menos así lo creo yo. No, no me mires así, García Márquez, que Belkis no es Rosa María.

POPEYE: ¡No vayan a empezar!

MAURICIO: Ella decía vainas feas de mi mamá. Que si era bruja, que por qué fumaba tabaco, que por qué yo cargaba estampitas raras en la cartera, y yo le decía que respetara, que cada quién creía en lo que le daba la gana, y que mi mamá no era ninguna bruja. ¡Vidente! ¿Me oíste? ¡Vidente!

44

JESÚS IVÁN: Eso es un eufemismo...

MAURICIO: ¡Qué vaina es esa!

JESÚS IVÁN: No importa...

POPEYE: No vayan a empezar.

MAURICIO: Ella fue mala y yo fui lo que fui, aunque no tan dañado como mi hermano. Estuve preso una vez, seis meses por un robo. En ese tiempo me puse a leer

cosas. Había un tipo allí que lo llamaban Flichita, él me prestaba revistas, un diccionario de esos gordos que traen de todo y aprendí de varios asuntos. ¿Y saben qué? La única que me visitaba era mi mamá. Mi mamá era intocable y bueno, pasa lo que le pasa a todo el mundo, que se me enfermó la vieja, a lo mejor de preocupaciones, de mortificaciones, no lo voy a negar, pero se me enfermó y de nada valieron tantos santos y tantas velas. Un día, cuando ella estaba en el hospital, que ya no pesaba casi nada, me encerré en el cuartico del patio y le pedí a toda esa gente que ella alumbraba que la salvara. La Belkis ni siquiera se apareció por el hospital, ni me preguntaba por ella porque le tenía odio, odio a mi vieja porque creía en otras cosas. Recuerdo como la hora que se los dije a todos, primero les pedí arrodillado, pero luego dejé tanta pendejada y me les paré, los miré a los ojos, los ojos pintados de Lino Valles, de María Lionza, del Negro Felipe, del Negro Primero, de la India Rosa, de Santa Bárbara, de San Miguel Arcángel, de la Virgen del Carmen, de Coromoto, de Guaicaipuro, del Águila Blanca, de San Judas Tadeo y se los dije, bien cantado, con rabia. No hacían nada por ella, la estaban dejando morir. A ella, que los limpiaba como a niños chiquitos, que les hablaba con respeto y cariño, que los perfumaba, que aguantó años de burlas, porque en el barrio la miraban como gallina que mira sal, que le tenían hasta miedo porque creían que se la pasaba jodiendo a todo el mundo y lo que hacía era rezar por mí, y por mi hermano Lucas, que era más malandro que yo cuando le vaciaron una pistola en el techo de una casa. Yo se los reclamé a

todos así, en flita, como estaban acomodados y qué, no pasó nada. Mamá se me murió igualito. Decían que era bruja, ¡ojalá y hubiera sido bruja! Porque hubiera tenido el poder para vivir cien años, pero no tuvo ese lujo como otros viejitos que uno ve por ahí y se murió a los sesenta y ocho, sin ninguna necesidad de morirse tan joven. Después del novenario ya lo tenía todo pensado, decidido, yo necesitaba echarle la culpa a alguien por el cáncer, cobrármela. Me aparecí con una caja grande, una caja de lavadora y eché a todos esos tipos, a las tipas, las velas, las ramas y hasta la mata de sábila con las cortinas. No me dio miedo. Las estampas de la cartera también. Ninguno de ellos me da miedo porque no pueden hacer nada. La Belkis supo, pero tampoco se acercó porque después de cinco años viviendo juntos, se puso a decir que con malandros ella no pensaba vivir. ¡Ah, el malandro!, bueno, pero sí le encantaba la plata que el malandro le daba. Esa no era ni mi madre ni la hermana que nunca tuve. Era más mala que buena y por eso se acabó. Con lo del altar, los vecinos me llamaron loco, porque le boté todos los santos a la vieja. No me importa. Agarré la caja y la dejé botada en la esquina, y era de ver la cantidad de averiguadores que se acercaron a llevarse el bulto de no sé quién, las estampitas, se repartieron indios, querubines y próceres de independencia como una piñata. ¡Hipócritas!

POPEYE: ¡El propio botín de guerra!

MAURICIO: Se repartieron todo mientras yo me iba en el

autobús, aguantando las ganas de llorar, me iba a ninguna parte.

JESÚS IVÁN: Se podría decir que tuviste un acto de liberación.

POPEYE: ¡O un zarpe ateo!

MAURICIO: No sé... Lo que sí sé es que desde aquel día para acá no recuerdo haber hecho algo mejor en mi vida.

JESÚS IVÁN: Y lo de la pierna...

POPEYE: Es evidente, es cojo. Para qué vamos a buscar detalles.

MAURICIO: Déjalo, Popeye, es verdad, la pregunta siempre viene pegada, se siente, anda con uno. Lo diferente causa intriga y sí, antes me molestaba, ahora me da igual. Eso fue hace mucho, cuando me creía que iba a ser tan bueno en el negocio como mi hermano, que coronó unas cuantas cosas hasta que cayó. Bueno, lo mío eran los carros, me gustaban, pero no pasaba de llevarme reproductores y tonterías. Después me preparé para lo más fuerte, quitárselo a alguien, así que empecé un revólver y me fui a «pescar», pero el tipo estaba mejor preparado que yo y me puso una pistola en la cabeza. Iban a ser dos tiros, uno en la pierna, para quedar vivo pero humillado. El otro iba a la cabeza, pero el tiro me raspó media cara y el hombre se fue y me dejó tirado ahí con aquel sangrero. Le iba a robar el carro, pero las cosas me salieron mal.

JESÚS IVÁN: Por eso no fue fácil tu entrada, ni es fácil lo del trabajo.

POPEYE: Pero ya está a bordo, y no se porta tan mal.

Cuando embarque más gente, Vladimir no va a estar solo.

MAURICIO: Para que ustedes estén tranquilos les voy a decir una cosa. Tuve mi famita, pero ahora soy un malandro viejo, y ustedes saben que un malandro viejo es como el perro que ladra y no muerde, o sea, aquí no voy a joder. Además, que siempre me acuerdo de la vieja, esa que tanto me quería, más nunca me voy a tomar una sopa de caraotas igual, ya no puedo ser el muchacho que corría como un tigre y volaba papagayos negros sin preocuparse por nada, no tuve al hermano perfecto, no tuve padre ni para guardar la foto. De la Belkis ya se saben el cuento, después vine a parar aquí por buena conducta y bueno, me disculpan la habladera, pero estoy aprovechando pa' promocionarme como hacen en los periódicos con los carros Maverick, «en oferta donde está y como está».

POPEYE: Ya estás a bordo.

JESÚS IVÁN: Si lo someten a votaciones, yo estoy de acuerdo.

MAURICIO: Ustedes saben que a mí me gustan los caballos, las carreras, que son como la vida. En la carrera de mi vida esta es la última curva, y la quiero correr completa, hasta la raya.

## XI

*(Los tres. Vladimir y Mauricio sirven)*

MAURICIO: ¡Sopa de caraotas! Ajá, llegó la sopa, la sopa del Mauricio a la orden.

JESÚS IVÁN: ¡Le cayó bien el puesto al hombre!

GIUSEPPE: Toda escoba nueva barre bien, como dice el dicho.

MAURICIO: No, no, esto no es fiebre de estreno. ¡No, señor!  
Esta es la nueva gerencia de «Copenhague». Verdad,  
¿Vladimir?

POPEYE: ¿Y se puede ordenar a la carta?, porque yo quiero  
sopa de pescado.

GIUSEPPE: No sé, no sé.

POPEYE: No seas pichirre, mira que lo mío se paga al día.

GIUSEPPE: No es por eso.

POPEYE: ¿Y entonces?

GIUSEPPE: Bueno, que esto no es un club social y que no  
todo se puede comer y que cada quien tiene sus  
achagues. De la poca gente que viene, está el doctor  
Miranda, que nos pesa y nos revisa. La dieta es más  
o menos lo que deberíamos comer. Ya no tenemos  
*quindici, ni venti... ni cinquanta*.

JESÚS IVÁN: No hacen falta los detalles.

GIUSEPPE: Vladimir lidia con todo eso. Ahora tú tienes  
que estudiar esa parte, aprender que se tiene que...

49

MAURICIO: ¡Ah, no! Espérate ahí, italiano. Vamos a estar  
claros en algo, en un asunto que se llama tiempo.  
No es lo mismo el tiempo para aquella muchacha  
que va pasando allá, que para nosotros. Te lo pongo  
más claro. Si tenemos juegos olímpicos este año, el  
próximo puede que no lo veamos, ¿o no? Entonces  
yo quisiera una vaina distinta...

POPEYE: Una fiesta en cubierta con barra libre.

MAURICIO: Más o menos algo así...

JESÚS IVÁN: ¿Eso incluye llevar estas cartas? No sé, es que yo necesito encontrar a...

MAURICIO: También, también... Miren, aquí todos estamos jodidos, pero hay que darle la vuelta al disco, no nos podemos quedar aquí a esperar la muerte, vamos a burlarnos de ella, vamos a tirarle una sortija, yo que se los digo, que la vi de frente y le escupí la cara.

GIUSEPPE: *Ma, ¿cosa dici?* ¿Tú no ves? Mírame, son *ottantatré anni*...

POPEYE: Que tiene ochenta y tres años...

GIUSEPPE: El caballero, *jottantasette!*

POPEYE: Ochenta y...

MAURICIO: Sí, sí, Popeye, le entiendo, tampoco es que está hablando polaco.

GIUSEPPE: Popeye *settanta cinque*, y tú, *settantaquattro*.

MAURICIO: ¿Me lo dices o me lo preguntas?

50 GIUSEPPE: Hasta Vladimir, míralo, pasa de los *cinquanta* y dele. Estamos todos jodidos. No inventes, no inventes.

MAURICIO: Pero, ¿qué invento? No estoy inventando, lo que digo es que podemos echar una canita al aire de vez en cuando, o sea, digo, porque no puede ser que un penal sea más divertido...

POPEYE: ¡Ah!, te pasaste. Lo que el italiano te quiere decir es que en una casa donde viven cuatro viejos así no

puede haber tanta libertad, es que por más que uno quiera... porque si fuera por eso, yo anotaría un viaje pa' la playa...

JESÚS IVÁN: Si fuera por eso, yo quisiera ir a la radio, pa ver si... porque ella no sabe que estoy aquí.

GIUSEPPE: Ah, no, si fuera por eso, yo quisiera soñar más seguido con Francesca, porque a ella le cuento todo, lo que me duele, lo que me preocupa, lo que quisiera solucionar. No es tan fácil.

MAURICIO: Aquí faltan mujeres.

POPEYE: ¿Cómo?

MAURICIO: No me interpreten mal, digo que esta casa es grande y que pudieran venir, bueno, doñas, como tú, como yo. Las monjitas pueden ayudar, no sé, a que tengamos voluntarias para atenderlas a ellas. Tipo anexo femenino.

POPEYE: Ah, no, pero sin jerga carcelaria... Mejor decir camarotes separados.

GIUSEPPE: Esa propuesta me parece muy difícil.

MAURICIO: Se los pongo así, de bombita y ojo, que esto no es machismo. Esta casa es un desastre. Vladimir hace lo que puede y bueno...

GIUSEPPE: Si, sí, no es lo mismo...

MAURICIO: Hablaste el otro día de las matas. Las cuidaste con Francesca, pero sin Francesca, se secaron. Hablaste de un arbolito con Francesca, sin Francesca, allá están las cajas del papel tualé. ¿Me copias? Mira, yo veo las vainas y las analizo. La

sopa, la madre, la sopa bien hecha es la madre. Esta sopa se parece, pero no es. ¿Me copias?

JESÚS IVÁN: Las mujeres son poesía pura. Ellas ven el mundo de otra manera, lo viven de otra manera, hablan de otras cosas, se entretienen de otra forma, no sé, no se quejan tanto, se ríen con inteligencia, se ríen de los problemas y en esta casa falta alegría. Es la verdad. Ellas huelen distinto, también tienen un sentido del orden muy distinto, yo creo que superior. Llevan sus años con otra cara.

MAURICIO: Son fuertes, como era mamá. Estamos muy solos aprendiendo a ser gente. La casa necesita internas.

POPEYE: Internas no... Huéspedes.

GIUSEPPE: Te volviste un revolucionario, en cualquier momento me propones un sindicato. No sé, eso de traer señoras... es que se me hace difícil. No me parece.

MAURICIO: Estarían aparte, de aquel lado.

GIUSEPPE: No lo digo por eso.

JESÚS IVÁN: Piensas que ninguna mujer debería vivir en sitios como este... ¿es eso?

52

GIUSEPPE: Sí. Es eso.

POPEYE: Pero es lo mismo para todos. Así, tengamos hijos, nietos, pareja, cualquiera puede encallar aquí. Lo entendí. Fíjense bien, todos venimos de diferentes mares, pero somos dependientes, con delirios, pastillas, mañas, a veces perfectos extraños para la familia. Esto no es un lecho de rosas, pero si no es aquí, ¿dónde?

MAURICIO: Imaginen que se pueda, imaginen romper las reglas. ¿Ah? Sopa de caraotas, sopa de pollo, sopa de pescado, paseos, visitas a la radio, régimen mixto, no joda, ¡Mauricio, presidente de «Copenjague»!

GIUSEPPE: Estás completamente loco.

JESÚS IVÁN: Si no fuera por los locos, ¡qué sería de este mundo!

JESÚS IVÁN Y POPEYE: ¡Mauricio! ¡Mauricio! ¡Mauricio!

*(Vladimir recoge los platos)*

GIUSEPPE: Te volviste completamente loco.

POPEYE: ¡Que viva el loco!

JESÚS IVÁN Y POPEYE: ¡Que viva!

*(Oscuro)*

## XII

*(Los tres, en mutis, son bañados. Jesús Iván en el centro)*

GIUSEPPE: ¡Advertencia, mañana no me baño, es jueves!

POPEYE: Échale agua, ¡ja,ja! Que le dure dos días la frescura.

MAURICIO: ¡Jabón de avena, la misma vaina! Vladimir, esto ni espuma hace.

POPEYE: Agárrate, italiano, que te vas a caer. ¡Agárrate!

GIUSEPPE: Rápido, que está fría, ¡fría!

POPEYE. Hoy parece que tenemos menos agua. ¡Echa, Vladimir! ¡Más agua!

MAURICIO: Mejor es el jabón azul.

POPEYE: No te quejes, ¡agárrense bien! ¡Ey, que está resbaloso! ¡Cuidado!

GIUSEPPE: ¡La toalla está raspona!

MAURICIO: La ropa, ¿dónde está?

JESÚS IVÁN: «Querido Jesús Iván. Me llegó tu mensaje con la dirección. Pronto te visitaré, mientras tanto, no tomes pastillas para dormir. Sueña. Te quiere como nadie te ha querido, Rosa María Calderón». ¿Quién me trajo esto? ¡Ey! ¡Popeye! ¡Mauricio! ¡Vladimir! ¿Quién se encontró con ella? ¿Italiano, fuiste tú? ¡Ay! ¿Quién la vio? ¡Ay!

(*Entran los tres*)

GIUSEPPE: ¡Caballero, *felicitá, felicitá*! Apareció la señora.

MAURICIO: Fíjate lo que te dijo. Que no tomes cosas pa' dormir. Que sueñes, «García Márquez».

JESÚS IVÁN: Pero... ¿Quién la vio? ¿Cómo fue?

POPEYE: No, no la vimos, dejaron el sobre en la puerta. Debió ser un mensajero. ¡Un mensajero! ¿Me entiendes? Casi no oye tampoco...

54 GIUSEPPE: Llore, hombre, apareció la señora. Llore de alegría. ¡Eso!... no le dé pena.

JESÚS IVÁN: Dijo que venía...

GIUSEPPE: Sí, *amico*, va a venir pronto...

POPEYE: Mira, ¿y no será malo eso?

MAURICIO: ¿Qué? ¿Quitarle esa angustia? No joda, ¿qué malo va a ser?

POPEYE: Está ilusionado, pobre.

MAURICIO: Se está muriendo. Tú lo sabes.

POPEYE: No hables tan duro, que te puede escuchar.

MAURICIO: Tranquilo, Popeye. El italiano lo está entreteniendo a ver si se duerme por cuenta propia.

POPEYE: Y no te dio miedo, ¿eh?, que el hombre se diera cuenta...

MAURICIO: No se iba a dar cuenta más nunca, ¿sabes por qué?, porque hice lo que a ustedes no les gusta. Registré sus cosas, leí las cartas, las que ella le envió. La letra estaba fácil, así que me copié. El italiano me ayudó con el papel, el sobre. Nunca se va a dar cuenta. Esa carta es de Rosa María y punto.

POPEYE: ¿Y de quién fue la idea?

MAURICIO: ¿Y todavía preguntas?, aquí lo tienes en persona, al Mauricio, autor material e intelectual de los hechos.

POPEYE: Oye, pero el pobre la va a esperar. Y tiene casi cuarenta años en eso. ¿No es como más de lo mismo?

MAURICIO: Va a estar entretenido de otra manera porque la mujer apareció. No es lo mismo. Ella le va a escribir otra cartica si se pone complicado. Y otra, y otra. La idea es que García Márquez se vaya contento porque no es como Cantinflas, hay que ayudarlo.

GIUSEPPE: Se durmió. Miren. Se quedó dormido. El invento parece que funcionó. ¡Shh!, no hablen muy alto que se puede despertar.

MAURICIO: Vamos a jugar dominó, de a tres, de nueve fichas por cabeza. Abre doble cena y el que se guarde el doble cinco es un bobo.

(*Oscuro*)

### XIII

(*Luz sobre Jesús Iván. Habla con Rosa María, imaginada*)

JESÚS IVÁN: Mira aquella estrella, cerquita del Cinturón de Orión. Esa eras tú. ¿La ves? Ni tan chiquita ni tan grande. Brillante. Todo el año ahí, clarita en las noches sin luna. La llaman Guerrera, Amazona, Bellatrix, pero yo la bauticé en secreto como Rosa María. Nunca te dije nada por vergüenza, miedo. A los hombres también nos da miedo el amor, lo que pasa es que hemos hecho creer que somos caballos desbocados, sin nobleza, sin misterio y eso es pura apariencia, yo, al menos, soy tímido, recto y miedoso, bueno, tú me conoces, pero esa parte, la parte más importante nunca te la confesé. ¿Y cómo? ¿Cuándo en la vida ha sido fácil resolver el «cómo»? Eras mi amiga de cuando niños, de cuando muchachos, pero tenías novio, después esposo. Es que, si te decía algo, ni la amistad me iba a quedar, por eso preferí dar un paso al costado y me declaré derrotado sin dar la pelea. A eso se le llama respeto, decencia o estupidez, creo que las tres me calzan bien. No, es que no quise convertirme en un tipo fastidioso que confundió la amistad con el amor. Por eso me pareció más seguro mantener la comunicación de

las cartas, escribirte y que tú me respondieras. Era como poder tomarte la mano y conversar, como lo estamos haciendo en este momento que todavía no me explico. Perdón. ¿Qué? ¿Que tú también?... ¡No! ¿Pero qué tontería hicimos? ¿Que también te daba miedo? Dime, ¿él sospechó? ¿Te dijo algo? Sí, sí, me dijeron que se mudaron varias veces, entiendo... Estas cartas eran blancas, inmaculadas... perdóname, no supe lo que estaba pasando en tu vida, no me podías contar, pero mira, estas cartas, las que se quedaron selladas, esas eran diferentes, una confesión, pero nunca te llegaron. ¿Tú me buscaste? ¡Ay!, ¡ay!, yo no me sacaba tu recuerdo, tu imagen, tu nombre de la cabeza y a todo el que veía le contaba... me llamaron loco ¿y eso qué? Nadie puede gobernar sobre los sentimientos, pero sí nos gobiernan las apariencias, las costumbres, lo que es correcto. ¡Cómo pudimos vivir así por tantos años? Mira ahora en lo que estamos, montados en la rueda dentada del tiempo y tú sigues siendo Rosa María Calderón de Vargas. ¿Que no lo diga? Pero él era... Sí, yo también me casé, tres veces me casé, pero tres veces fracasé, no serví para nada, era un tipo sonso, ¡en serio!, un tipo triste, un guardia triste, matando el tiempo escribiendo poemas, cartas y tonterías en un cuaderno. Tú, en cambio, seguiste adelante, lo querías a él o lo llegaste a querer, te acostumbraste. ¿No quieres hablar del eso? Está bien, es que fue eso lo que nos mantuvo distantes, separados. Perdóname, sí, es verdad, te entiendo, sí, te entiendo, no me expliques. Nunca tuvimos la valentía de hablar. ¡Ay! ¡Ay! ¡Nunca hablamos de ese tipo de sentimientos!

Sí, sí, es que no te he contado, tengo unos dolores de viejo terribles. ¡Oye! No me mires así que me asustas, tampoco estoy tan mal, ¿no? Es que me han pasado los años, Rosa María, a ti no, tú estás así, igualita, no cambiaste. Ya ni sé cuántos kilos menos puedo tener. ¡No te rías!, estoy viejo. ¡Ay!, mira, aquí me hicieron una operación, aquí llevo esto. Pero tú te ves igualita con los rollitos así, con los *dimples*, tan preciosa. Espérate, mira esto. Los papelitos. Estos volanticos eran los que repartí durante más de treinta y pico de años, en cada sitio donde he vivido y donde estoy ahora. Sí, yo repartí volantes, dejé recados, de todo. Esta es la dirección de la casa y el mensaje para que vieras todo muy claro, ibas a saber que era yo. No, no tengo fotos de joven. Me hubiera gustado pegarle fotos, pero, así como estoy ahora no me hubieras reconocido. ¿Cómo hiciste tú pa' quedarte así? ¿Eres una aparición? No, no, eres tú, la de siempre... Perdona que llore, ¿no te molesta?, aquí me dejan llorar a cada rato, aunque hay uno que no le gusta, pero esa es otra historia.

58

Rosa María, tengo ciento ochenta cartas guardadas, y en todas te decía la verdad, que te quería, que te quería. Mira, yo estoy viviendo aquí, en esta casa grande, y en esa caja tengo todas las cartas, son tuyas, las puedes leer, ¡Ay!, ¡ay!, no te preocupes, es normal, no te quiero ver triste, no.

¿Quieres bailar? Mira, aquí hay un salón muy bonito donde tú y yo podemos bailar. ¿Me concedes el honor? (*Suena Leo Dan*)

*Si pudiera estrecharte*  
*Sería tan dichoso*  
*El mundo más hermoso lo vería por ti*  
*Pero no sé qué hay entre nosotros*  
*Que me separa cada día más de ti*  
*Esa pared*  
*Que no me deja verte*  
*Debe caer*  
*Por obra del amor*  
*Esa pared que no me deja verte*  
*Debe caer*  
*Debemos platicar*

Te muestro, estas son las primeras que no alcancé a enviarte. Todas las demás, todas las demás están aquí. ¡Léelas! Ahí te digo todo, no estoy loco, yo sabía que ibas a llegar, Rosa María. ¡Mi querida Rosa María!

POPEYE: ¡Pobre hombre!

MAURICIO: Déjalo, está feliz.

POPEYE: Mira todo el reguero que ha hecho. Sus cartas por todos lados.

GIUSEPPE: Vívido, un sueño vívido. No es malo.

POPEYE: Le debe quedar poco. Dicen que cuando la gente habla con los muertos es porque ya la vienen a buscar y esas cosas. ¡Neptuno, protégeme!

GIUSEPPE: Popeye, mejor cállate. Es un sueño, ilusión, cosa diferente.

MAURICIO: Lo importante es que la tal Rosa María le apareció, no importa si es un sueño, o es un fantasma. Miren, hace como si le estuviera hablando...

GIUSEPPE: ¡*Madonna mía!*

MAURICIO: Los amantes imposibles por fin se encuentran, pero a las puertas de la muerte.

POPEYE: Cállate, pirata. ¡Qué mal gusto!

MAURICIO: ¡Pero bueno, baja la voz! Déjalo soñar despierto. Apuesto a que ninguno de ustedes leyó esas cartas. El tipo escribe, convence. ¿Vieron esta? Es bien romántica y rocolera. Hay varias que están selladas, eso me da más curiosidad.

GIUSEPPE: No te pases, Mauricio. Ya lo ayudamos bastante. El caballero va a estar entretenido con la idea de la señora, pero no debemos pasar la raya. Es su vida privada.

POPEYE: ¿Escuchaste al capitán? Todavía tenemos algo privado en esta vida, así nos laven el culo en grupo y con jabón azul.

GIUSEPPE: ¡Ah! Popeye, no hay necesidad...

POPEYE: Bueno, bueno, lo que yo sí espero es que todo esto no empeore las cosas.

GIUSEPPE: *Ma*, qué podría ser peor...

POPEYE: Porque no hay ninguna Rosa María.

MAURICIO: ¡Cállate, Popeye! Déjalo vivir.

*(Se escucha Leo Dan)*

*Esa pared*

*Que no me deja verte*

*Debe caer*

*Por obra del amor*

*(Oscuro)*

## **XIV**

GIUSEPPE: ¿Qué huele así?

POPEYE: Por fin llegó servicio al camarote. ¡Sopa de pollo!

GIUSEPPE: ¿Esto quién lo hizo?

MAURICIO: Un fantasma.

GIUSEPPE: No juegues con eso...

MAURICIO: Bah, ustedes son una cuerda de miedosos. Con decir la palabra «fantasma» no les va a salir un espanto.

POPEYE: Es que aquí se come básico, se podría pensar que este servicio vino de otro mundo. Mira, mi plato llegó especial, con pollo. ¿Y tú, italiano?

GIUSEPPE: También, pollo, caldo y pasta. ¡Milagroso!

MAURICIO: Esa es la idea. Tú mismo lo dijiste, la hora de la comida es una ceremonia. Estamos unidos, compartimos y recordamos.

GIUSEPPE: ¿El caballero va a comer?

MAURICIO: Seguro, pero hay que esperar, ya va solo al baño.

POPEYE: Desde que recibió carta de la doña es otro.  
Afeitado, perfumado, arreglado, ¡hasta aparenta  
varios años menos el hombre!

GIUSEPPE: ¡Milagroso!

MAURICIO: Y les digo algo, esta tarde tenemos 5 y 6 y la  
apuesta es bien gorda.

POPEYE: Tienes jodido a Vladimir. Llevas meses que no  
le pierdes.

MAURICIO: No es racha, yo tengo suerte a pesar de todo.  
Cojo y feo, pero sortario.

GIUSEPPE: ¿Y cómo es la apuesta?

MAURICIO: Que si gano en la sexta nos tiene que llevar a  
la playa. Que busque una buseta, una camionetica  
ranchera, no sé, pero que nos saque de aquí. Yo creo  
que el amigo acá podría ayudar con el proyecto,  
financiar el paseíto. ¿No, italiano?

GIUSEPPE: *Ma*, ¿financiar cómo?, si me pones en un gasto  
y no me lo vas a pagar. Tengo ahorros, pero no pa'  
estar botando...

MAURICIO: Ay, italiano, no seas agarrado. ¿Qué tanto  
puede ser?...

*(Entra Jesús Iván, de traje)*

POPEYE: ¡Vaya!

JESÚS IVÁN: ¡He resucitado!

POPEYE: ¿Lo dices, o lo preguntas?

GIUSEPPE: ¡*Ma*, estás de fiesta! Pareces otro.

MAURICIO: Señor García Márquez, venga por acá, siéntese

que aquí está su sopa del día... Especial... Muy bien, tenga cuidado, que está algo caliente... eso es...

POPEYE: ¡Y no se molesta!

GIUSEPPE: ¿Cómo hiciste eso? Ese traje... esa vitalidad... ¡Es otro hombre!

MAURICIO: ¿Quién, yo?, Yo no he hecho nada. Coman, coman.

JESÚS IVÁN: Muy buena, perfecta. Igual a las sopas de pollo que hacía tu mamá, italiano.

GIUSEPPE: Es idéntica, pero ¿cómo pudo ser? Se ve igual, sabe igual, huele igual.

POPEYE: Pero bueno, ¿tú para dónde vas así... tan elegante?

JESÚS IVÁN: ¡Ya voy, mi amor! Sí, ¡espérame, ya salgo! Bien, es hora de despedirme. Rosa María y yo nos vamos. Será un viaje largo, por mar, hasta la constelación de Orión. Nos volveremos a ver, pero no sé en dónde.

GIUSEPPE: ¡*Madona mía!* ¿Qué pasa aquí?

MAURICIO: ¿Te llevas las cartas?

JESÚS IVÁN: No, nunca nos llevamos nada. (*Sale*)

MAURICIO: ¿Escuchaste, italiano?

GIUSEPPE: *Ma... Non capisco.*

POPEYE: A mí no me mires... que yo entiendo menos.

(*Se escucha una carrera narrada por Ali Khan*)

MAURICIO: ¡Gané! ¡Gané! ¡Vladimir, busca la plata que nos vamos pa' la playa!

GIUSEPPE: Un momento, el caballero se acaba de ir... y tú te inventas un viaje... ¿Cuál es el fondo de esto?

MAURICIO: ¡Buen viaje, García Mar... ¡Perdón! Jesús Iván Peña Huerta. ¡Mira qué decidido! ¡No joda, así es como vale la pena morir, de traje y corbata! Aquí nadie se va a derretir en estas sillas del infierno, y menos en una casa que alguna vez fue alegre. Todos la tenemos clarita, nos vamos a morir algún día, pero se hará como quiera esta que está aquí, la imaginación.

POPEYE: ¡Ah!

MAURICIO: La calle enseña, la necedad enseña. Vamos a vivir en nuestra ley y vamos a morir en nuestra ley. Yo que se los digo, que un día escuché aquel fogonazo y me creí muerto de la peor manera porque, ¿saben qué es triste? Morirse con vainas pendientes, sin madurez, sin edad. Yo no quería esa pa' mí y miren, de pronto me cayó la suerte que me salvó y me dejé de ridiculeces. Pasé páginas, acepté, así que la partida que nos falta por jugar es inventarnos la despedida y esa va por la casa, con traje, corbata, con fiesta, con playa, cantando, pero nunca tristes. ¡Por ahí no es!

64

GIUSEPPE: ¡Imaginación!, ¡Ceremonia! ¡*Capisco!* Vladimir, trae vino y vasos que vamos a brindar. ¡Ya, ya, no me mires así, hazme caso! (*Se ponen trajes. Suben a sus sillas de extensión*)

POPEYE: ¡O sea, que vamos al mar!

MAURICIO: Toda esa playa de banda a banda. Con el viento de agosto, el viento de los papagayos.

GIUSEPPE: Desde Pompeya la nueva hasta el Caribe. Allá están ellas. ¡*Li vedo!* Francesca, las muchachas. ¡*Mamma!* Todas están cocinando la sopa de pollo con pasta. Y allá, por Maracaibo, se ven volando las petacas, mira cómo se pierden a lo lejos. Toma, vino para todos. ¡Familia!, ¡ja, ja, aquí estoy!

POPEYE: Yo quisiera una cena en cubierta, con vista a la playa, a la casa en Arapito, allá en Sucre. Llevo un atún gigante, sacado a media tarde, el regalo que le prometí a mi madre, que me sigue esperando. ¿Cómo me ven? ¡Sí!, el mar. ¡Mi mar! Y allá está mi madre con su bata de flores y su cara de ángel, ¡miren! Aquí la pueden ver, en mi brazo derecho, grabada como el mascarón de proa de mi vida. ¡Madre, volví! ¡Volví!

*(Brindan, celebran, fiesta en Copenhague)*

*(Oscuro)*

## XV

*(Los cuatro. De traje y descalzos. Suena Billo's)*

GIUSEPPE: ¡De lo mejor! ¡Insuperable! ¡Exquisita!

POPEYE: ¡Desde Magallanes no se vio algo tan emocionante!

MAURICIO: ¿Más sopa? Por acá hay... de todos los tipos, caraota, cruzao, gallina, lentejas, arvejas, consomé, pescao, licuada, pizca, de rabo, de auyama... cada una según la madre y según el recuerdo.

JESÚS IVÁN: Sí, por acá la mía, con queso y galletas.

MAURICIO: ¡Cómo no, mi querido García Márquez! Epa, italiano, ¿ya viste?, allá...

GIUSEPPE: ¿Qué cosa?

POPEYE: Este muelle tan iluminado no me deja ni ver, es que ando como encandilado... ¡Ah!, sí, míralo, ¡ja, ja!

JESÚS IVÁN: ¡Tu hermano, italiano! ¿Lo ves?

GIUSEPPE: ¡Carlo! *Fratello*, ¿cómo estás? ¿Cuánto tiempo? Pero mírate tan elegante, ¿cómo supiste?... Ah, mejor no me expliques nada, no, no hace falta, vamos a brindar. ¡Vladimir!, ¡Vladimir! ¿Dónde está Vladimir?

POPEYE: Hoy el que atiende es la mansedumbre, Mauricio.

MAURICIO: ¡Este mismo! ¿Qué les doy, vino del barato?

GIUSEPPE: *Ma*, ¿cómo se te ocurre? Del bueno, del mejor, busca la mejor cosa que exista en este lugar y brindemos.

JESÚS IVÁN: Bueno, brindemos por el último.

MAURICIO: ¡El italiano!

TODOS: ¡Brindemos!

POPEYE: Se tardó bastante, es la purita verdad.

MAURICIO: Saca la cuenta.

66

POPEYE: Entre Cantinflas y Jesús Iván siete años.

MAURICIO: Entre García Márquez y tú, cinco. Yo, tres años... por culpa del jabón azul. Lo que no hizo un balazo. ¡Qué vaina!

POPEYE: ¡Quince años pa' volver a ver al italiano! No me quiero imaginar lo que le falta a Vladimir.

MAURICIO: Nadie sabe.

JESÚS IVÁN: Más tiempo pasé esperando a Rosa María, la vida dura lo que dura un bolero.

POPEYE: Mira, Mauricio, ¿y tu hermano? ¿Lo encontraste ya?

MAURICIO: Andaba con mi madre. Iban como volando.

POPEYE: ¿Y eso qué significa?

MAURICIO: No sé. Esta vaina es rara.

POPEYE: ¿No será que estamos soñando?

JESÚS IVÁN: ¿Será un delirio? O nos dieron pastillas a todos anoche...

GIUSEPPE: Es mejor soñar que dormir. ¡Es mejor soñar que morirse! ¡Salud!

TODOS: ¡Salud y vida eterna!

*(Fiesta. Oscuro)*

FIN



# Índice



|      |    |
|------|----|
| I    | 11 |
| II   | 12 |
| III  | 17 |
| IV   | 20 |
| V    | 27 |
| VI   | 29 |
| VII  | 30 |
| VIII | 33 |
| IX   | 36 |
| X    | 43 |
| XI   | 48 |
| XII  | 53 |
| XIII | 56 |
| XIV  | 61 |
| XV   | 65 |

---

*Los cuatro de Copenhague*  
se imprimió en el mes de junio de 2025  
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo  
Caracas, Venezuela  
Son 1000 ejemplares



*Los cuatro de Copenhague* es la obra ganadora de II Bienal Nacional de Literatura Apacuana, cuya autora es la escritora zuliana Lolimar Valle Suárez Ayala. En estas páginas, Suárez nos retrata las vivencias de cuatro ancianos olvidados en una casa grande que tuvo días más felices. Ahí, este heterogéneo grupo de personajes entabla una entrañable amistad a través de sus historias y el apoyo y solidaridad que se prestan entre sí. El jurado indicó que “ofrece intensidad y riqueza en sus metáforas, agilidad en los diálogos y personajes de calidad humana”.

## LOLIMAR SUÁREZ AYALA.

Es escritora, formadora teatral, directora escénica y licenciada en Comunicación Social por la Universidad del Zulia (LUZ). Autora de las obras teatrales *El puente*, *Señor Ministro*, *Piso 5*, *Rouge Cabaret*, *Amigas*, *La fiesta de la Princesa*, *Serpentario*, *Tres regalos*. Realizó estudios de teatro en la Escuela de Teatro Inés Laredo e integró el Teatro Estable de LUZ durante 11 años, donde incursionó en la dramaturgia y la dirección escénica. Es cofundadora de la Productora teatral Teorema. En 2022 ganó el Premio Nacional de Dramaturgia Lina López de Aramburu que entrega la Universidad Nacional Experimental de las Artes (Unearte).

